



NO MORI- RAS

José Ramón Bidagor, S. I.

SE ama la vida con furor. Marcharse de la vida es una tremenda batalla...: Ir a los hospitales, los sanatorios...: ¡Cómo nos aferramos a la vida!

Se dice a veces que se odia la vida. Pero no es a la vida. El nihilismo es muy difícil; el hombre que se suicida, por ejemplo, no ama la nada; querría volver a empezar: empezar otra vida maravillosa, siempre presentida, pero que se le antoja imposible. Y sólo por eso; porque ese amor a lo inalcanzable se ha hecho odio al presente, se mata la vida. La ilusión sería vivir sin sufrir, sin llorar; sin pasión, sin cadenas...

Y yo creo que en el fondo este amor furioso no es más que un problema de esperanza: El suicida ha perdido la esperanza de poder desprenderse del dolor. Y tampoco el anciano se alimenta ya de esperanza; porque el recuerdo no es esperanza; la esperanza mira siempre adelante, el porvenir; y los viejos vuelven sus ojos, una vez y otra, hacia atrás, recordando uno a uno los episodios de su historia: aquel avance doloroso que ha sido su novela íntima, luchando bellamente con las dificultades de su circunstancia...; saben que su edad, y el tiempo, les niegan una nueva historia para hacer, y aprisionan

emocionados los recuerdos. La esperanza ya no les sustenta. Sienten que van a ser expulsados.

Pero una vida que se anima de minutos muertos no es perenne. O hay esperanza, o hay angustia: "Pasa el río. Pasamos. Irremediablemente mana. El tiempo nos arrastra aguas abajo. No vuelves, gota mía; no vuelves ya mañana. Entre lágrimas y tierra te amortaja..."

¿Será posible no morir nunca?

Señor: ¡Danos ese pan!

Todo esto lo sentía aquel pueblo sencillo que había seguido a Jesús desde la orilla oriental del Lago, admirado de cómo el Señor había atravesado sin barca cuatro kilómetros de agua... Había escuchado su palabra. Había gozado de la Primavera ("*había en aquel sitio mucha hierba*", Mc. 6,39). El pan y los peces comidos en la hermandad fácil y alegre que creaba el milagro y la esperanza del Reino, le habían dado un ansia de paz y de vida continuada con aquella misma facilidad. Por eso ante el anuncio de un pan muy superior al de sus padres en el desierto, el "*verdadero pan del cielo que da vida al mundo*"; ante el anuncio de una vida que no termina, exclama con la misma sicología aldeana y realista de la samaritana cuando Jesús le habla de un agua que brota continuamente de uno y le quita la sed: "*Señor, danos siempre ese Pan...*" (Jo. 6,34).

Y Jesús quiere darles ese pan. Quiere dárnoslo. Pero el misterio es saber comerlo.

Entender este misterio es un don del Padre (6,45) "sólo concedido a los que viven existencia cristiana".

He dicho que el amor a la vida es en el fondo una carrera de esperanza. Pero para nosotros los cristianos que aguardamos la otra vida, la que trae Cristo, es además un enorme problema de fe. Sólo si nos alienta la fe; si creemos firme y fieramente en Cristo, podemos seguir el camino de la esperan-

za con la clara mirada de una eterna juventud. Si creemos, podemos esperar, vivir eternamente; porque morir será imposible. Como es imposible la muerte para ese amable Maestro que hace crujir las espigas en su robusta mano, haciendo presentir el Pan que partirá mañana...

Porque Cristo no morirá

Cristo-Hombre pasa con su sonrisa y su figura enormemente humanas.

Tiene un cuerpo que se puede matar. Tiene una vida, —con minúscula— que agonizará en una cruz. Pero su Vida, la de verdad, es la Vida, mayúscula, inefable, de Dios. Porque este es el misterio de Cristo:

Aquel hombre que duerme en el fondo de la barca mientras las olas salpican de sal sus barbas arriscadas. Aquel hombre que juega con los niños y los llama por sus nombres mientras ellos ríen; aquel hombre que sabe llorar, que mira amando, que besa a su madre, que ha cargado un arado; aquel hombre que pide agua en una mañana de primavera; aquel niño que se pierde entre la algarabía de una feria santa; aquel niño aferrado al pecho virginal para beber la vida; aquel niño que juega, ríe, canta y llora... Aquel dialoguista andariego de palabras rumorosas y largas como las olas del lago; sostiene dentro de Sí Mismo un diálogo maravilloso que es el fondo imbuible de su Vida de Dios.

La vida del Hijo

Mirar, —intentar clavar los ojos—, cómo es esa Vida: vida que no se vive sola. Una vida inabarcable, que se vive dividida entre el Padre que se entrega y el Hijo, imagen engendrada por comunicación de la misma sustancia viviente del Padre en orden a producir una imagen cuya intencional y ontológica al mismo tiempo; vida tan igual a la infinita del Padre, que es una sola naturaleza, tan diversa que es otra Persona. Y entre ambos, un diálogo de

amor del que brota, como término, la máxima expresión del amor, que es otra Persona, consumación, enlace y cierre de esa inefable circulación y comunicación infinita del Ser de una naturaleza única.

Y la enorme felicidad de Dios: saciar su infinita capacidad de conocimiento en la contemplación del único objeto que puede llenarla, por ser infinito también: en el conocimiento de sí mismo. Pero no sólo en eso está la felicidad de Dios. Ese conocimiento de sí mismo, que por su infinitud tiene como término una Persona, el Hijo, va acompañado consiguientemente de un amor y una fruición mutua, que por ser infinita da lugar también a un término infinito (y personal), el Espíritu Santo, que tiene por característica de su ser personal el amor y la fruición.

Hay, pues, en Dios, la inefable maravilla de la unidad, porque es única y singular naturaleza, sin la soledad del aislamiento, porque son tres personas que comunican entre sí al poseer indivisible la única naturaleza.

Y esta felicidad que no puede terminar, será la nuestra. Es la que el Hijo nos anuncia, y quiere darnos.

Sin embargo, es posible que el anuncio de que vamos a vivir esa vida maravillosa nos deje fríos, y no obstante nuestro espíritu humano es capaz de comprender la felicidad que encierra: Es el goce de la Verdad buscada y hallada. Cuando andamos a vueltas por conquistar la verdad, y en un momento de inspiración nos parece alcanzarla, se hace la luz como una gloriosa amanecida después del tanteo en la bruma; entonces sentimos el goce de la contemplación en lo adquirido; anclamos en puro gozo; el gozo de eso que hemos producido; contemplamos algo nuestro, aunque diverso... Y sentimos la fruición del amor...

Vida sin envidias. Vida sin soledad. Vida sin fin. Vida siempre operante en su salir de Sí; siempre sin indigencias... La Vida verdadera que merece vivirse únicamente. Y Cristo tenía esa Vida. El

mismo caminante sencillo y amable que ha hecho un milagro con cinco panes y dos peces, está viviendo esa Vida. Por eso cuando los hombres, hartos de este pan que muere, le piden el eterno banquete, El intenta levantar sus ojos hacia el Pan, no hacia las migajas. Y esta es la encrucijada de Cafarnaún. Cafarnaún es la hora de la fe. De la fe en esa Vida, la Unica digna de vivirse, la Unica que debemos ambicionar.

Y la tragedia es que nosotros somos con frecuencia tan materialistas como aquellos galileos perezosos y hambrientos. ¡Ah! El ser cristiano exige más. Exige una mirada espiritual acostumbrada al milagro y a la ciencia de la vida eterna. Pero este misterio de la vida, ha dicho bellamente Guardini, está solo destinado a los que viven, ya, existencia cristiana.

Danos esa vida

Hablando, pues, con un acento cristiano, clamemos también: ¡Señor! ¡Danos ese Pan! Porque no queremos morir; ¡porque nuestro amor a la felicidad no se puede medir!

Y Cristo nos la promete. Es maravilloso: *"Padre, ha llegado la hora; glorifica a Tu Hijo, para que el Hijo te glorifique a Ti, y para que por el poder sobre toda carne que le has dado, dé la vida eterna a todos aquellos que le has dado"* (Jo. 17,1).

Cristo, el Hijo, ya tiene la gloria eterna desde el Principio. Pero Cristo es un Dios con una naturaleza humana, con un cuerpo, el cuerpo que *"el Padre le dió"*. Y ahora pide la gloria para ese Cuerpo, su fiel compañero. Con la Resurrección, esa naturaleza humana, asumida para ser redimida, va a alcanzar su máxima redención: La plena victoria sobre todas las contingencias de la carne: el peso, la enfermedad, el tiempo... Va a entrar en el seno mismo de la Trinidad, para que la eternidad tenga un asombro más que contemplar: El barro alzado hasta la altura inaccesible del Incomprensible.

Y no olvidemos que Cristo va delante para ser el Camino. Y eso que El es por naturaleza, lo seremos nosotros por adopción. (Una adopción de que ya hemos hablado otras veces: Nada de juridismos fríos, sino participación del Ser Divino...). Cristo pide esa gloria para su Cuerpo; y su Cuerpo tendrá las dotes formidables de la claridad, la agilidad, etc. Su victoria es total. Y es un prenuicio; y una promesa: la de que esa vida eterna que posee nos la ha de dar a nosotros. El es el primero de "los que durmieron"; ha desarmado a la muerte; ¡y con El queda también inerte nuestra muerte! Volveremos a ver, reír, gozar... con un cuerpo que no podrá morir; y este cuerpo albergará una Vida que será el conocimiento incomprensible de Dios mismo, con el goce que tal conocimiento representa: ¡El mismo goce de Dios! "*Esta es la vida eterna: que te conozcan a Ti, Padre, y al que enviaste...*" (Jo. 17,13).

He aquí el anuncio increíble de Cafarnaún: sólo el que come vivirá. La palabra del Génesis se ha mudado: "*No comáis de él... para que no muráis*" (Gen. 3,3). Hoy hay que comer para vivir. ¿Y cómo es esta vida? Ya lo hemos dicho: Como la del Hijo: "*Como yo vivo por el Padre*" (Jo. 6,57). El Redentor terminará su obra cuando tome nuestros seres, enteros, y los una a Su gloria; El, que es la Cabeza. Es increíble. Porque ya en el Antiguo Testamento dijo Dios a Moisés, respondiendo al deseo enorme de éste por verle: "*Nadie podrá verme, y vivir*" (Ex. 33,20). Y a nosotros se nos promete ahora verle, cara a cara, y, precisamente por verle, ¡vivir! Estamos en el proceso más alto de transfiguración de la criatura. Porque eso que era imposible a la pura criatura, lo hará posible Dios con un nuevo milagro, que durará siempre: el *lumen gloriae*: la capacidad visual nueva que Dios nos regalará, para poder verle sin abrasarnos las pupilas, sin morirnos, conociéndole y amándole como el Hijo mismo: "*Para que el amor con que Tú me amaste, esté en ellos, y Yo en ellos*" (Jo. 17,26).

La nueva naturaleza

¿Cómo? Transformando; elevando nuestra naturaleza. Dándonos algo propio y exclusivo de Dios, con lo que podamos conocer a Dios como El se conoce, amarle como El se ama, disfrutarle como Se disfruta.

¡El goce de Dios! Todo cuanto aquí abajo hay de goce, de paz, de alegría, es sólo un reflejo del goce de la Trinidad. Son los pequeños charcos que ha dejado el mar de Dios... Y los hombres andamos siempre buscando el Mar... pero terminamos muchas veces ahogándonos y muriendo en esos charcos donde espejea el gozo, "a dos pasos de ese rumor más lejano, más difícil, de ese mar de Amor que existe, que espera". (1).

Y en Cafarnaún, y por la Eucaristía, se nos promete que iremos a ese Mar de Vida, para gozarla eternamente. Nuestra vida eterna se hará sumergiéndonos en Dios, y viviendo, —como el carbón que se hace uno, siendo diverso, con el fuego—, su Vida misma. Verdaderamente "*ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni cabe en entendimiento humano...*" Misterio de fe y de esperanza que nos acrecienta el deseo insaciable de vivir: "Acaba de entregarte ya de vero; no quieras enviarme, de hoy más mensajeros; que no saben decirme lo que quiero..." (2). No es voz la del mensajero que no es El. No es mar la fuente... Y el alma quiere subir hasta el centro, hasta el seno mismo de Dios, hasta "las subidas cavernas de la piedra nos iremos, que están bien escondidas, y allí nos entraremos, y el mosto de granadas gustaremos" (3). Borrachos de vida... Embriagados de gozo... Y todo ello lo promete ese Pan milagroso que alegra mi juventud cada mañana, y que se entierra, como en un surco rojo y

(1) LAFORET, *La mujer nueva*, Ed. Barna, Barcelona 1956, pág. 127s.

(2) S. JUAN DE LA CRUZ, *Cántico Espiritual*, estrofa 6. Ed. BAC, Madrid 1950, p. 1330.

(3) S. JUAN DE LA CRUZ, o. c., estrofa 37, pg. 1334.

húmedo en mi lengua, al amanecer, para "guardar mi alma, hasta la vida eterna". Que la guarde, amén, amén.

No es desaparecer

Vivir en Dios, y de Dios; perderme en El; ¿es perderme? Esta es la acusación de Unamuno: "Absorber en Dios mi personalidad, no salva mi anhelo vital". A Unamuno, el gran egotista, le asustaba esta pérdida, porque idolatraba su personalidad: esa intimidad celosamente guardada a todas las miradas, donde nadie puede entrar sin mi autorización. Eso que me hace señor de mí mismo... Pero la "personalidad cristiana no es únicamente la personalidad natural de un hombre preciso; sino que en la soledad, libertad y dignidad y responsabilidad del cristiano hay otra cosa: otro Ser: Jesucristo"

(4). Y Cristo viviendo en nosotros no arrebató nuestra soledad. Porque nosotros podemos comprendernos sin El que, por haber venido a este mundo en forma de Luz, ilumina a todos los hombres que nacen. Con todo cuanto soy vivo por El. "Cuanto más eficazmente me aplique El su Amor, tanto más perfectamente alcanzaré yo la plenitud de mi ser" (5).

Sólo hay una pérdida irreparable para el hombre: La de quedarse solo; porque la soledad carece de respuesta para la voz del amor, que es el hogar del gozo. Y tal es la tragedia del pecador. Porque el hombre que peca, deja, en alguna manera, de ser; deja de ser en la línea del amor de Dios que ya no le sostiene; ha comido el pan de la muerte; paradójicamente ha elegido la línea del conocimiento de sí mismo,

en vez de escoger el conocimiento de Dios, vivirá, si se condena, devorando eternamente el conocimiento de su ruina; de esa personalidad ególatramente amada; de ese círculo infinitamente pequeño alrededor del cual ha de dar vueltas despedazándose por toda la eternidad, buscando la solución de su ser, persiguiéndolo en un círculo enloquecedor y sin salida. Eternamente sólo con su soledad. "La desgracia, la inconcebible desgracia de esas piedras ardientes que fueron hombres, es que no tienen nada que compartir entre sí... El infierno es haber dejado de amar" (6). La vida era seguir amando. Amando el hallazgo de la Sabiduría, de la Bondad, del Ser... Descubriendo eternamente, por el conocimiento cada día estrenado, nuevas cosas bellas en el seno incomprensible de Dios. Y esto sin fin... ¡Erraron...!!!

¡No! perderse en Dios es encontrarse. Es hacer descansar el corazón inquieto, es hallar el centro del ser. La autarquía y el aislamiento de Dios es la mayor locura que los hombres podemos soñar. Para dar con esa felicidad que no se extingue, hay que entrar de esa manera misteriosa que Nicodemus no podía entender, en un seno nuevo, y allí renacer... Ese seno es el agua bautismal, pero también una vez renacido, en ese seno se nos sirve el Pan.

Porque la Eucaristía que engaña a nuestros sentidos en tantas cosas, tiene un "engaño" supremo: El de hacernos creer que al comer el Pan lo hacemos cosa nuestra. Cuando la verdad es otra: Al comer somos comidos; entramos en el Seno de Dios. Allí se pierde nuestra vida en ese río nuevo y desconocido que desemboca en la eternidad...

(4) ROMANO GUARDINI, *El Señor*, II, Ed. Rialp, Madrid 1956, pág. 261.

(5) GUARDINI, o. c. pág. 267.

(6) BERNANOS, *Diario de un cura de aldea*, Ed. Caralt, Barcelona, pág. 155.